

## CAPÍTULO CUARTO

### EL PEREGRINAJE

En septiembre estaba de regreso, acompañado por G. Le Roy<sup>1</sup>. Éste, como Rancé, había sido desde niño canónigo de Notre Dame y abad comendatario de la abadía cisterciense de Hautefontaine; discípulo de d'Andilly y ardiente jansenista, bando al que Rancé no perteneció nunca. Más tarde, Le Roy hizo de su abadía un verdadero y auténtico refugio para los jansenistas perseguidos<sup>2</sup>.

En octubre del año siguiente, Rancé escribía a d'Andilly: “El ermitaño que he recibido en mi retiro de hace dos meses, cumple con su deber de la mejor manera posible. En una palabra, me siento lleno de vergüenza ante él, porque me doy cuenta de no haber comenzado todavía. No puede haber disposiciones mejores que las tuyas, ni se puede amar el bien más de cuanto él lo ama. Me parece que su ejemplo me va a hacer un gran favor<sup>3</sup>”.

Esta alianza, que parecía nacer con los mejores auspicios, fue muy pronto interrumpida. De hecho, poco después de esta misiva, Le Roy cayó enfermo, y, por Navidad, tuvo que abandonar Véretz y volver a París. Estos hechos tranquilizaron mucho a los amigos de Rancé, que habían temido una influencia deletérea sobre él de parte del ardoroso jansenista.

Casi de improviso, a comienzos de enero de 1660, llegó a Véretz la noticia de la enfermedad de Gaston de Orleans, y Rancé retornó a Blois. Como sabemos, hacía poco que había visitado a monseñor, por motivos muy distintos de los que ahora le llevaban a su cabecera de enfermo. Pues también Gaston era un convertido, que había puesto definitivamente término a su vida depravada. Se habían acabado los desenfrenos y las blasfemias, tan espantosas, que habían hecho gritar a su confesor, el padre Condren, aquella especie de maldición: “Vos ya no reinaréis más, será Dios quien haga milagros para impedirlo<sup>4</sup>”.

Ahora hacía una vida muy ordenada y piadosa. Más aún, en los últimos meses había manifestado el deseo de retirarse a la soledad de su castillo de Chambord, rodeado sólo de algunos leales a él, entre los que debía estar Rancé.

Precisamente muy cerca de Chambord estaba el priorato de Boulogne, uno de los beneficios de Rancé. Se hallaba situado en medio de bosques, un lugar ideal para vivir en retiro. Esta era la soledad que él prefería, y esperaba, de un momento a otro, que fuera llamado a unirse a la pequeña comitiva de Gaston. Entre tanto vivía en Véretz en medio de un gran fervor espiritual, que lo estimulaba a despreocuparse cada vez más la riqueza que aún lo rodeaba.

En este período, tan hermoso para su maduración interior, Rancé intentó conocer el género de vida que llevaban los que no tenían su rango y su fortuna económica, y, sin duda, hizo acopio de cuanto veía, y, por qué no, quizá envidió la serena felicidad y a veces la resignación cristiana que le descubría la gente sencilla.

Un día, mientras daba un largo paseo por el campo, se encontró con un pastor y le preguntó si era feliz. La respuesta que le dio quedó grabada mucho tiempo en su memoria y en su corazón: “Vivo en paz, contestó el pastor, más feliz que un rey. Espero tener en el cielo animales que cuidar y campos que recorrer<sup>5</sup>”.

En aquel momento le parecía que Boulogne y Chambord eran los lugares que mejor respondían a la llamada de Dios.

Dios, sin embargo, lo había dispuesto de otra manera, y ahora él se encontraba a la cabecera del príncipe para ayudarlo a morir. Gaston de Orleans ante la muerte permaneció sereno y firme en sus propósitos; no sentía añoranza de todos los bienes que iba a dejar, a no ser del retiro de Chambord, porque consideraba bien poca cosa haberlo deseado y no haber conseguido realizar su deseo. Murió el 2 de febrero de 1660, asistido, además de Rancé, del P. Monchy.

Las cartas que Rancé escribió a continuación a d'Andilly y a Favier son un testimonio de la profunda edificación que él había recibido de aquella muerte tan serena y penitente.

Se le había cerrado otro camino, y entonces más que nunca deseó retirarse definitivamente del mundo. Pensó retirarse a la Grande Chartreuse, y escribió a Favier sobre este asunto. Su tío, el arzobispo, enterado de este deseo, quiso verlo y hablarle, para tratar de disuadirlo. He aquí cómo Rancé resume el encuentro con su tío: “Hemos hablado con mucho ardor de las cosas que me conciernen, pero yo estoy más decidido que nunca a cumplir cuanto deseo, y si después de haberlo hecho tuviera que ir a Canadá, allá iría, a pesar de los demás”.

Abandonó el proyecto del viaje a la Cartuja, pero quiso emprender otro, buscando siempre consejos iluminadores<sup>7</sup>. Por aquel tiempo vivían en los Pireneos algunos obispos ejemplares: Mons. G. De Choiseul, en Saint-Bertrand-de-Comminges; Mons. F. Vialart de Hersé, en Châlons-sur-Marne; Mons. Pavillon, en Alet, y Mons. E.F. Caulet, en Pamiers<sup>8</sup>. A dos de ellos ya les había consultado, y, más o menos, conocía su pensamiento; pero ellos mismos le habían aconsejado que fuera a hacer una visita a mons. Pavillon, y él se puso en camino, para ver con sus propios ojos la verdad de la leyenda que se había creado en París en torno a esta figura de santo pastor.

El mismo mons. Comminges, en el camino de retorno a su sede, se detuvo en Vézetz y ofreció a Rancé un puesto en su carroza durante este viaje. Rancé no quiso aprovechar el pasaje, quizá por temor de encontrar en Bordeaux, donde tenían que detenerse, la corte real, de viaje hacia Saint-Jean-de-Luz para el matrimonio del rey. Retardó un mes su salida, y, finalmente, el 20 de junio escribió a la madre Louise:

“Salgo mañana, sin que lo sepa ninguno de mis amigos, lleno de la alegría que me da la esperanza de que este viaje no será inútil para la paz de mi conciencia, sino que, por el contrario, dará un impulso decisivo a mi conversión, proporcionándome los consejeros necesarios que busco desde hace más de dos años, para verme, sin descuidar la prudencia cristiana, en aquella perfecta libertad que, según creo, Dios espera de mí”<sup>9</sup>. Fijémonos en su gran fervor, así como en el equilibrio de estas líneas.

Partió, pues, a caballo, hacia una meta que le obligó a recorrer, al menos en parte, el camino trillado por tantos peregrinos de siglos precedentes, y aun de aquellos años, hacia Santiago de Compostela, y después hacia Tierra Santa. Rancé era muy sabedor de todo, y esto dio a sus pasos un significado aún más pleno.

En los primeros días de julio llegó a Saint-Bertrand y, como confesó él mismo, quedó muy impresionado del paisaje selvático que lo rodeaba. Debió permanecer una o dos semanas junto a su amigo, esperando que retornara monseñor de Alet de la visita pastoral que estaba realizando. El estupor y la maravilla del sorprendente paisaje circundante continuaron saciando su alma. Los días pasaban “como instantes”, feliz por poder compartir las santas ocupaciones de su amigo, y “veía en él cosas que sólo raras veces se ven en personas de su profesión”: capacidad, virtud, caridad, dulzura, cordialidad, vigilancia...<sup>10</sup>”.

En estos lugares tan distintos de los que estaba acostumbrado, Rancé se extasiaba en su deseo de soledad, y confesaba que quería construir allá arriba una ermita. El obispo, por su parte, respondía: “Conozco sitios tan asombrosos y tan alejados del mundo que te agradarían mucho. Me guardaré bien de enseñártelos, porque son tan fascinantes que, si fueras allí una sola vez, no conseguirías ya salir”<sup>11</sup>”.

Rancé no tenía alma de poeta, como Francesco; pero, exactamente igual que él, quedó fascinado por aquella naturaleza agreste y solitaria. Veía en ella el medio para salvar su alma y guiarla, después de las lesiones que tan profundamente la habían herido; y confesaba: “Ríase, pues, monseñor: *'levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi'*: Dios mismo me ha movido a levantar los ojos hacia sus montañas, para buscar allí ayuda”<sup>2</sup>”.

Finalmente, se encaminó en dirección de Alet, donde pasó un mes entero. Era un viaje de apenas treinta leguas, pero muy peligroso. Cuando se asomó al valle de Aude, vio el palacio

episcopal extremadamente pobre, y la catedral en ruinas, después del saqueo de los hugonotes. Pavillon vivía con gran pobreza; su habitación era una sencilla celda amueblada con algún taburete; el interior del palacio era totalmente sobrio, sin cortinas, sin muebles. ¡La leyenda era realidad! El obispo encarnaba de modo ejemplar la sencillez y la sabiduría que Rancé necesitaba.

Pavillon había sido por largo tiempo discípulo y brazo derecho de S. Vicente de Paul, según testimonio del mismo santo. Había aceptado la carga episcopal sólo cuando su maestro le había obligado, diciéndole: “Si persiste en su negativa, yo me alzaré contra usted en el juicio de Dios, con todas las almas que en la diócesis se hayan condenado<sup>13</sup>”. Su reputación de santidad y austeridad aumentó muchísimo durante los cuarenta años en los que se dedicó, como *obispo de pueblo*, a su pobre y remota diócesis. Fue un hombre de principios rígidos, un esforzado defensor de Port-Royal, pero mucho más pastor que polemista.

He aquí lo que Rancé escribió el 16 de agosto de 1660 en una de sus primeras cartas desde Alet: “¡Por fin estoy en Alet! Aquí he encontrado todo lo que mi imaginación no me había sugerido todavía acerca de la santidad del prelado de este lugar. Creo que sobre la tierra no haya nada semejante; puedo decir que en pocas personas percibo tanta luz y tanta humildad juntas. Su severidad es verdaderamente grande; sin embargo, las reglas de su forma de vida y de los otros están sacadas de la verdad real, que él conoce mejor que nadie. Es imposible añadir a todo esto una bondad más grande que la suya, y no me sorprende ya de haber encontrado tan gran dulzura para conmigo, dado que la tiene para con todos, aun para sus enemigos, esto es, para con quienes ha tenido que enfrentarse. Su habitación es horrible, rodeada de altas montañas, al pie de las cuales corre un torrente muy sonoro y rápido. Por lo que a mí respecta, no sólo no he encontrado allí nada que me haya sorprendido, sino que, por el contrario, la posición del lugar no me desagradaba ... la doctrina de estas gentes es muy segura y sana, y las debilidades del pensamiento o de la práctica no tienen aquí cabida<sup>14</sup>”. Este hombre, debido al prestigio que había adquirido por su edad y santidad de vida, era considerado como un oráculo, y sus consejos podían determinar el destino de una vida. Casi con seguridad, Rancé conocía ya las respuestas que Pavillon le pudiera dar, al menos sobre algunos temas. La pobreza que el obispo proponía con su ejemplo era radical y muy difícil de vivir; la diversidad de sus beneficios no la habría podido mantener; sabía, en fin, que la soledad encontrada al alejarse de los intereses mundanos tendría que ser la base de su nueva vida, y que un retiro señorial en Véretz no sería suficiente. El consejo le fue dado, afectuoso y categórico, sin contemplaciones retóricas o suaves frases amaneradas.

“Venda su parte de la herencia paterna, repare la iglesia con sus beneficios, dé el resto al hospicio o al hospital general<sup>15</sup>”. Rancé objetó que no lo podía hacer sin el permiso de su familia, pero Pavillon continuó: “No creo que haya venido a pedirme consejo sobre lo que puede agradar a su familia, sino sobre lo que usted está obligado a hacer. ¿Tal vez no ha dicho Dios: *Quien ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí?*<sup>16</sup>”. De los beneficios, podría guardar para sí los que le permitiera un estilo de vida modesto, sin lujo. Además, debería conocer y poner en práctica todas las obligaciones de abad comendatario. A Pavillon no le gustaban los proyectos de vida solitaria y eremítica que Rancé le andaba presentando con entusiasmo; veía en él un futuro obispo, comprometido en la evangelización de sus diocesanos. Trató de convencerle, llevándolo consigo en sus giras apostólicas entre las montañas, entre la gente que lo escuchaba atenta. “Su vocación, como la de cualquier sacerdote, es servir a la Iglesia, instruyendo a las almas ignorantes: *Ite et docete omnes gentes*<sup>17</sup>”. Rancé no se convenció, aun admitiendo en su corazón humillado y entusiasta los magníficos ejemplos que le daba el santo obispo. Después de una larga estancia de seis semanas, partió para dirigirse a Pamiers.

En Pamiers se encontró con el espíritu de monseñor Olier, de quien monseñor Cauler había sido compañero en la fundación del seminario de S. Sulpicio. Volvía a descubrir también

el espíritu de S. Vicente de Paul, pues, de hecho, el santo había impulsado a monseñor Caulet a aceptar el cargo episcopal.

“¿Cuántos beneficios tiene?”, preguntó el obispo a Rancé. “-Cinco”, respondió Rancé. “-No cree, pues, señor, que un eclesiástico que quiere ser fiel a Dios debe contentarse con uno solo?”, continuó el obispo. “-Pero un abad comendatario, dijo Rancé, está obligado a llevar un cierto nivel de vida ... ¡Ah! ¡Si me permitieran retirarme a la soledad!”. Pero el obispo no bajó la guardia: “Como S. Pablo apenas convertido, usted tiene escamas en los ojos ...! Cuando se quiere llevar una vida penitente ¿cree que son necesarias las rentas de dos prioratos y cinco abadías? Retírese a uno de sus beneficios, y ocupe el tiempo en santas lecturas, misiones, visitas y limosnas. Así no tendrá necesidad de lacayo y de carroza<sup>18</sup>”. Rancé se comprometió a tener un solo beneficio. En el camino de retorno, quiso detenerse una vez más para hacer una visita a su amigo monseñor Comminges. Le contó todas sus experiencias recientes y las decisiones tomadas. La respuesta que recibió iba a ser decisiva; la clásica gota que colma el vaso.

Monseñor de Comminges le dijo confidencialmente que, según él, la dignidad de abad comendatario era contraria el espíritu de la Iglesia. “Yo mismo tengo una abadía en encomienda, pero no hallaré descanso hasta que no haya conseguido deshacerme de ella, a pesar de que he dejado la renta en manos del prior claustral ... He deseado hacerme religioso, y así reformar una de mis abadías. Dios no me ha considerado digno. Dado que usted está decidido a abandonar el mundo, le aconsejo que lo haga<sup>19</sup>”. –“Hacerme fraile yo!<sup>20</sup>”. Como si sobre Rancé hubiera explotado una bomba. Se reavivó de golpe toda su “horrible aversión” por el sayo y la vida monástica<sup>21</sup> – son palabras suyas, pronunciadas con verdadera rabia.

Estamos en el 1660, tres años después de su conversión. Toda la luz que ha inundado y transformado su alma, la austeridad, las peregrinaciones, la sed de oración y de soledad, que han refinado su espíritu, no han podido ni siquiera arañar esta aversión innata.

Pero nuevos y graves obstáculos se alzaban frente a su decisión de dejar Véretz y el mundo.

En octubre de este año, Rancé volvió a Véretz, para luchar contra la dificultad más dura de las que había tenido desde el inicio de su conversión.

“Abandónalo todo y sígueme<sup>22</sup>”, no era una llamada fácil de seguir por un hombre de la posición de Rancé, en el siglo XVII. Él, de todas formas, no podía deshacerse de sus beneficios materiales, porque tenía obligaciones para con los otros miembros de su familia. La venta de Véretz, en particular, supuso muchos negociados; las disposiciones reales sobre los beneficios en encomienda no facilitaron aquella tarea.

Parece que al final el tío arzobispo se reconcilió con el sobrino, y en diciembre lo describían “con buen humor<sup>23</sup>”. Aún quedaban muchos obstáculos para que Rancé pudiera emprender la vida de penitencia y soledad que deseaba. Durante el 1661 y los primeros meses del 1662, resolvió poco a poco sus problemas materiales, aunque los espirituales no acababan de aclararse. Véretz, por fin, fue adquirido por el abad d’Effiat, hijo de la madrina de Rancé y de su sobrino, el duque de Mazarino, que más tarde lo adquirió entero para él. Saint-Symphorien le fue asignado a Favier; Val, después de varios tentativos, le fue dado a un cierto Nicolas Druel, recomendado por amigos del Oratorio. Saint-Clémentin, a su viejo amigo Pierre Félibien, de Chartres. Quedaban sólo La Trapa y Boulogne, después de un tentativo fallido de transferir esta última al Oratorio de Tours<sup>24</sup> para convertirla en seminario.

Mientras se iban resolviendo trabajosamente todos los problemas relacionados con su patrimonio, Rancé comenzó a visitar la Trapa, sin haber decidido aún permanecer en ella de forma estable, pero con el deseo de introducir en ella la “estricta observancia”. Había participado ciertamente en los sucesivos acontecimientos que intentaban introducir la reforma de las grandes Órdenes benedictinas, al menos porque en familia se hablaba de ello, y era ahijado de aquel Richelieu, que llegó a ser abad general precisamente de la Orden a la que

pertenecía la Trapa. Por eso debía de conocer las condiciones de decadencia en que se encontraba la mayor parte de los monasterios, especialmente los de encomienda.

La situación que encontró en la Trapa<sup>25</sup> era gravísima en cuanto a lo material, y deplorable en lo espiritual. Los seis monjes que halló en la comunidad vivían desesperanzados, sin trabajar ni orar; eran cazadores furtivos, ladrones, depredadores y, en ocasiones, asesinos. Él quedó profundamente herido ante aquel estado de cosas, y quiso echar mano inmediatamente a la restauración, tanto de los edificios como de la vida regular. Para hacer esto, pidió ayuda al visitador de la 'estrecha observancia', abad Barberý, quien fue a la Trapa el 17 de agosto de 1662. Se firmó un acuerdo con los religiosos, en nombre de la 'estricta observancia', bajo invitación de su vicario general, el abad Prière<sup>26</sup>. Este acuerdo fue luego homologado por el Parlamento de Paría el 16 de febrero de 1663. Del monasterio de Perseigne<sup>27</sup>, que pertenecía a la 'estrecha observancia', consiguió seis monjes, para emprender una obra verdaderamente ciclópea de renovación.

Hagamos una breve pausa, considerando algunos testimonios que nos describen, de forma muy viva, el estado en que encontraba la Trapa a la llegada de Rancé.

El primero está sacado de una carta del mismo Rancé al canciller Séguier: "Hace dos o tres años, un religioso cometió un asesinato, matando a un pobre campesino a sangre fría, de un tiro. En esta ocasión he hecho cuanto he podido para defender el honor de su Orden, pero, habiendo sabido que hace poco ha tenido la temeridad de volver a la abadía, que es el lugar donde ha cometido el crimen, y que además presume de poder obtener una amnistía, he creído que estaba obligado a ponerle al corriente, señor, de cuanto he llegado a saber<sup>28</sup>".

El segundo testimonio es un extracto del proceso verbal de la visita regular, tenida en el 1685, y presentado al capítulo general de 1686, como prueba del enorme trabajo de saneamiento desarrollado por Rancé y por su comunidad: "Las puertas permanecían abiertas noche y día; las mujeres entraban libremente en el claustro, como los hombres; el vestíbulo de la entrada estaba tan negro, sucio y oscuro, que se parecía mucho más a una prisión espantosa que a la casa de Dios. En un lado aparecía una bodega profunda, en el otro una rueda de molino con todo lo que es necesario en estos lugares. Había también una escalera apoyada al muro, para subir a los pisos superiores, que tenían el suelo de madera, roto y podrido, por donde se andaba con grave peligro.

Los claustros, bajo el techo en ruinas a poco que lloviera, se llenaban de agua; las columnas en que se apoyaba estaban medio caídas; los locutorios servían de caballerizas. Del refectorio sólo se conservaba el nombre; los monjes y los seglares se reunían allí para jugar a la pelota, cuando el calor o el mal tiempo no permitían jugar fuera. El dormitorio estaba abandonado y deshabitado: sólo servía para los pájaros nocturnos; estaba expuesto a la lluvia, a la nieve, al viento y a las tempestades; cada hermano habitaba donde quería y podía.

El exactor del abad comendatario, con toda su familia, estaba alojado con los monjes. La caja de caudales estaba completamente vacía; dentro de ella sólo reinaba el polvo y la suciedad. Los títulos y documentos, que habrían tenido que conservarse allí como cosas preciosas, estaban esparcidos por tierra, o, la mayor parte, se encontraban dispersos por la provincia, pues los párrocos y los campesinos los tenían en sus manos, lo que fue causa de la ruina económica. La iglesia no se encontraba en mejores condiciones que la casa. Sólo se veían suelos destrozados, piedras desparramadas, porquería y telas de araña. Los muros amenazaban ruina, ya por lo viejos, ya por las lluvias continuas que empapaban todo su espesor; de hecho, tenían grietas que los recorrían de arriba abajo. El campanario amenazaba ruina. Las vigas sobre las que estaba construido, los cabrios y casi todo el maderamen estaba podrido; apenas se tocaban las campanas, se removía todo, y esto hacía temblar de miedo. Sobre el altar mayor estaba el sagrario para el santísimo sacramento, con las estatuas de S. Bernardo y de la Virgen, en un estado deplorable. La nave de la iglesia estaba tan oscura que, aun faltando todos los

cristales y entrando la luz libremente, reinaba al mediodía la misma oscuridad que durante la noche...

El colmo de los males era que, a causa de la carretera construida hacía casi cien años justo al pie de los muros del monasterio, sólo se veía vagabundos, malhechores y asesinos. Hombres y mujeres se reunían en el bosque próximo y allí, como en un refugio seguro, se escondían para cometer toda clase de bajezas<sup>29</sup>”.

El mismo Rancé muchos años después, terminada ya la restauración, describía así a sus monjes cómo había encontrado el monasterio: “Los monjes, sin regla, viven en grandes monasterios, que se pueden parangonar con aquellas ciudades antiguas que han quedado en ruinas con el pasar de los siglos. Los contrafuertes se han caído, los muros se han derrumbado; no se ve más que casuchas...Los edificios regulares están destruidos; con frecuencia, cuatro hombres habitan en el lugar que antes era ocupado por doscientos religiosos; y allí vemos cumplida esta palabra: *ibi pilosi saltabunt*. Estos hombres, por el desorden de sus costumbres, son más bien brutos que hombres ... Hermanos: Esto es lo que hemos visto en este monasterio hace cuarenta años...”<sup>30</sup>”

Estas eran las condiciones a las que tuvo que enfrentarse en aquel 1662 . Y antes de poder firmar el contrato con la ‘estricta observancia’ el 17 de agosto, se vio obligado a superar una verdadera guerra declarada por los monjes residentes en el monasterio.

Intentó convencer a los seis monjes ancianos. Los reunió y les habló de su deseo de introducir la ‘estricta observancia’. La reacción de los seis fue inesperada: se rebelaron violentamente, amenazaron con apuñalarlo, envenenarlo o ahogarlo. También los vecinos llegaron al conocimiento de este estado de cosas, y uno de ellos, monsieur de Saint-Louis<sup>31</sup>, capitán de caballería en la reserva, que habitaba a siete leguas de distancia, se sobresaltó y fue al monasterio para tomar sus precauciones. Al final Rancé amenazó a los frailes con la intervención del rey, y por fin ellos se sometieron por miedo.

El 20 de agosto de 1662, Rancé presidió personalmente la celebración de la Misa solemne en la iglesia, en presencia de cinco o seis religiosos de la ‘estricta observancia’ llegados, como hemos dicho antes, del monasterio de Perseigne, para iniciar la nueva vida. Estaban además tres de los monjes ancianos, que habían querido unirse a ellos. Desde aquel día se volvió a celebrar el oficio de maitines, después de doscientos años.

Don Michel Guitton, prior de Perseigne, que fue el primer superior de la Trapa en calidad de comisario, recibió el mismo día la profesión religiosa de un joven que había hecho el noviciado en Perseigne y que prometió estabilidad en la Trapa; se llamaba hermano René Pasquier d’Alançon. Este fue el modesto comienzo de la reforma de la Trapa.

## NOTAS

- <sup>1</sup> G. Namer, *L'Abbé Le Roy et ses amis*, Paris 1964.
- <sup>2</sup> Cfr., Krailsheimer, I, p. 13.
- <sup>3</sup> Corr., I, para Robert d'Andilly, 26 de Octubre de 1659, p. 132.
- <sup>4</sup> Faillon, *Vie de M. Ollier*, II, p. 160.
- <sup>5</sup> Cherel, II c. III, p. 81; cfr., Dubois, II, c. VIII, p. 167.
- <sup>6</sup> Corr., I, para una religiosa [¿Madre Louise Rogier?], 1658, p. 80.
- <sup>7</sup> Ibid., I, para [Jean Favier], 10 de Mayo de 1660, p. 147.
- <sup>8</sup> Todos estos obispos se vieron más o menos implicados en el debate jansenista.
- <sup>9</sup> Dubois, II, c. XI, carta para la Madre Louise, 20 de Junio de 1660, p. 179-180; cfr., Corr., I, p. 151.
- <sup>10</sup> Corr., I, para una religiosa [Madre Louise Rogier], 8 de Julio de 1660, p. 152.
- <sup>11</sup> Cherel, II, c. IV, p. 85; Marsollier, I, c. XVI, p. 76; cfr., Dubois, II, c. XI, p. 183.
- <sup>12</sup> Cherel, II, c. IV, p. 85.
- <sup>13</sup> Cherel, II, c. IV, p. 83; cfr., Dubois, II, c. XII, p. 186.
- <sup>14</sup> Corr., I, para una religiosa [Madre Louise Rogier], 16 de Agosto de 1660, p.155.
- <sup>15</sup> Cherel, II, c. IV, p.89.
- <sup>16</sup> Dubois, II, c. IV, p. 91; Cherel, II, c. IV, p. 90.
- <sup>17</sup> Cherel, II, c. IV, p. 91; Marsollier, I, c. XVII, p. 85.
- <sup>18</sup> Cherel, II, c. IV, p. 92; Le Nain, I, c. VI, p. 30.
- <sup>19</sup> Le Nain, I, c. VI, p. 31.
- <sup>20</sup> Maupeou, I, t. I, p. 107; Corr., I, cartas para la Madre Louise Rogier, 1660-1661, p. 154-174.
- <sup>21</sup> Dubois, II, c. XIII, p. 195 ;cfr., Marsollier, I, c., XIX, p. 91.
- <sup>22</sup> Cfr., Lc 18,22.
- <sup>23</sup> Corr., Para una religiosa [Madre Louise Rogier], 17 de Dic. de 1660, p. 164.
- <sup>24</sup> Ibid., para el Obispo de Alet [Nicolas Pavillon] 28 de Septiembre de 1661, p. 174-175.
- <sup>25</sup> La Trapa fue fundada en 1132 por Rotrou, conde de Perche, para cumplir un voto. Mandó primero construir un oratorio, después, en 1140, un monasterio que encomendó a los monjes de Breuil-*Benoît*, de la Orden de Savigny. En 1147 la Trapa, con toda la Orden de Savigny, pasó al Císter. El primer abad comendatario de este monasterio fue de Bellay, que se encargó de él en 1527.
- <sup>26</sup> J. Jouand, abad de la abadía de Prières en la diócesis de Vannes, fue famoso por la parte que tuvo en la querella de las observancias cistercienses.
- <sup>27</sup> Abadía de la diócesis de Mans.
- <sup>28</sup> Bibliot. Imp., Saint-Germain-Français, t. XXV, 709 ; citado por Dubois, II, c. XVI, p.212.
- <sup>29</sup> Dubois, I, c. XVII, p. 217-218.
- <sup>30</sup> Cherel, II, c. V, p. 96-97.
- <sup>31</sup> Monseigneur Houreux de Saint-Louis.